

ATAQUE DESGRACIADO DE TOLUCA POR EL GENERAL D. IGNACIO RAYON.

Ya que vamos á hablar de uno de los sucesos mas infaustos que pudieran ocurrir á la nacion, con el asalto y toma de la plaza de Tenango y cerro del mismo nombre, ocupado por la division del general D. Ignacio Rayon, está en el órden que digamos cómo se puso en estado de formar este gefe un cuerpo respetable de tropas despues de la derrota y dispersion que padeció en la villa de Zitácuaro. Salido de Tlalchapa con el resto de su tropa, y no contando con la de tierra caliente que en la mayor parte se le desertó, á pesar de que la mantuvo con todo esmero en la hacienda de los Laureles: arreglada alguna infantería, y fundidos algunos cañones por el coronel D. Manuel de Mier y Terán en Tlalchapa, pasó la junta á Sultepec, donde quedaron gobernando Verduzco y Liceaga: Rayon pasó á Toluca á entretener á Porlier para que no engrosase con su division la fuerza de Calleja y fuese sobre Cuautla. Consiguió efectivamente su objeto, batiendo con gloria diferentes partidas que salieron de la ciudad, de cuyas armas se aprovechó; y aunque situó su cuartel general en la hacienda de la Huerta, fijó sus destacamentos en las garitas mismas de Toluca, y se preparó para atacar lo interior de la ciudad, como lo verificó la mañana del 18 de abril de 1812. Comenzó el ataque desde bien temprano, y se concluyó en la tarde del mismo dia. La tropa de Rayon redujo á la de Porlier al cementerio é iglesia de S. Francisco, local fuerte, y para aquel inespugnable, pues no tenia artillería de batir, ¿que digo? ni aun el preciso parque para continuar la accion, pues D. José María Liceaga, encargado de remitir el que se le pidió de Sultepec, retardó dos dias la remesa. Supo en tiempo Rayon que solo le quedaban dos cajones de cartuchos, y así mandó tocar retirada, que verificaron sus soldados con bastante repugnancia, pues hallándose casi vencedores, les era muy sensible ver frustrado su empeño de aquel dia. Ocultóseles la causa de la retirada, pues no convenia que la supiesen. Rayon mandó que tomasen un rancho en la garita, y los hizo municionar para lo que pudiera acontecer, esto

es, que el enemigo hiciese sobre él una salida ya al entrar la noche, y esto le causase una dispersion; de hecho, al caer la tarde he aquí una partida de caballería que sale de la plaza, Rayon situó su infantería en la espalda de una cerca, y apostó la caballería inmediata, comenzó la escaramuza enemiga; pero se le recibió á quema ropa, y en tan buena sazon, que dada muerte á algunos dragones, los demas se pusieron en fuga para la plaza, donde creian tan seguro el triunfo, como que comenzaron á echar repiques de campanas. Algunos cañones colocados ventajosamente sobre Toluca, acestaron sus tiros á una torre, y causaron algun estrago, por lo que luego cesó el repique. Por tal medida, impidió el que se le persiguiese y causase un gran destrozo. Por lo dicho se vé que el parte de Porlier, inserto en la Gaceta extraordinaria de 25 de mayo de 1812 número 233, es una impostura y tejido de falsedades; pues ni hubo tal pérdida de cañones, trincheras portátiles, escalas de asalto, palos largos con mistos incendiarios, cajones de municiones de todos calibres &c. &c., que dice le tomó á Rayon; todos son dislates que importan tanto como la reseña de caballeros, escudos, armas, y naciones que reseñó D. Quijote cuando se preparó á atacar las manadas de carneros. El único cañon que perdió Rayon, fué uno pequeño que situado en la azotea de una casa de Toluca se hundió con el techo que no pudo sufrir el peso. Sin embargo de su salida, sus destacamentos quedaron en las garitas de Toluca, y Rayon permaneció hostilizando á sus enemigos con partidas de caballería; por lo mismo se situó en Amatepec, entre Toluca y Lerma, para ocurrir donde la necesidad lo exijiese. La tarde en que se retiró de Toluca pasó al pueblo de Tlacotepec para colocar allí sus heridos, iluminándole el camino las llamas de la hacienda de la *Garzesa*, propia de D. Nicolás Gutierrez, uno de los mas encarnizados enemigos de los americanos. Como los víveres escaseaban en Toluca, apenas se retiró de aquella ciudad, cuando en el momento hizo salir Porlier trescientos hombres para que se proveyesen de ellos en el tianguis de Metepec. Súpose con tiempo de esta expedicion, que tuvo un éxito desgraciado para Porlier; pues *Camacho*, oficial de caballería de Rayon, y en quien tenia

mayor confianza por su valor y prendas, puesto de acuerdo con otra partida de caballería del mando de los Polos, cargaron á los de Porlier tan reciamente, que bien le mataron cerca de cien hombres, pues regresaron al campo americano, presentando al general Rayon setenta carabinas, y cincuenta y seis caballos con sus monturas: entonces cayó prisionero el capellan de dicha tropa, franciscano, llamado el padre *Tabaquero*, á quien dieron bastante taba otros frailes de la misma orden que se hallaban con los americanos, y servian á estos con el gusto que aquel á los españoles.

Túvose noticia de la aproximacion de Castillo Bustamante, y esto hizo que Rayon reconcentrase sus fuerzas. Apenas se supo por Porlier que avanzaba sobre Toluca, reforzado de México con mas de mil hombres, cuando trató de salir á recibirlo; pero la tropa de Rayon á media legua de su campo lo hizo retroceder. No pudiendo cubrir con su poca fuerza todos los puntos por donde podria aproximarse el enemigo, se replegó al pueblo de Tenango, y cerro del mismo nombre. Bustamante marchó en demanda de él, y hubo de variar su campamento, porque la artillería de Rayon era de mas alcance que la suya, y le causó bastante estrago en el momento de campar. Situóse en la hacienda de S. Agustin, dejándole el rancho y utensilios de la tropa, pues la rociada de metralla y bala rasa no le dió tiempo á recogerlos.

Aunque estos pequeños triunfos pudieran haber engendrado alguna confianza en el general Rayon, situado este en el cerro en la parte que mira al sur, y el comandante padre Correa, en el punto llamado el Veladero, desde donde hizo una gran resistencia á los enemigos: (como hemos visto en su manifiesto) Rayon mandó que las partidas de caballería de Atilano García y Epitacio Sanchez cruzasen entre su campo y el enemigo para impedir un asalto; mas ellos desobedecieron la orden y se fueron á dormir á un pueblillo inmediato; por tanto, el enemigo se apoderó de una batería que tenia sobre su campo, y con ella misma rompió el fuego la mañana del 5 de junio de 1812 por diferentes puntos simultáneamente, así sobre el cerro, como sobre el pueblo de Tenango. Fué esta una sorpresa tal, que los ameri-

canos supieron la llegada de sus enemigos cuando oyeron sus cornetas, y con ellas las descargas de fusilería; pues aun los puntos ocupados por algunas cuadrillas de indios que podrian haber dado aviso, se abandonaron por estos desde el dia anterior: solo quedó la línea y guarnicion frente del cerro y pueblo. El cura Correa se mantuvo firme en su batería, protejiendo la retirada de toda la tropa que pudo salvarse. Lo espeso de la niebla libró á los fugitivos. Rayon descendió por un voladero con muchos de los suyos, bajo del cual estaban situados como sesenta dragones enemigos, quienes se arredraron, y no le hicieron nada, pues temieron ser cortados por los americanos que salian en dispersion por la espalda de aquellos: no corrieron esta suerte favorable los licenciados *Reyes, Jimenez, Dr. Carballo, Cuellar, D. F. Jiron*, excelente carpintero, y *D. Juan Puente*, quien fué sorprendido en el acto mismo de dar fuego al parque de los americanos: todos fueron desapiadadamente fusilados por Castillo Bustamante, que no perdonó á persona alguna, imitándole sus dignos satélites. Entre las víctimas que inmolaron estos bárbaros, fué una de las mas preciosas el padre vicario del pueblo *D. José Tirado*. Este jóven se ocupaba en cazar con su escopeta en aquel pueblo, y no habia tomado cartas en la revolucion; entró el comandante Rafael Calvillo en su casa, y como viese aquella arma allí, sin el menor exámen, creyéndole reo, le mandó fusilar. Tirado acababa de decir misa, y así es que no se quiso confesar, recibió la muerte con la calma de la inculpabilidad, y entregó una arduilla pequeña que le acompañaba y traia en el seno á uno de los que le rodeaban. ¡Válame Dios, y cuantas imposturas le levantó el tal Calvillo por este hecho inocente y de cuantas maneras lo glosó! Véase lo que escribe en la Gaceta número 248 del sábado 20 de junio de 1812; así se disponia en aquella época de la vida y muerte de toda clase de ciudadanos, sin excepcion de personas! El general Rayon reunió sus dispersos en el plan de una laguna situada al pie del volcán de Toluca, á donde le llevaron el cadáver del comandante *Camacho*, circunstancia que aumentó sus desdichas por su mérito militar. Pasó luego á Cuauhtepc de las Arinas, donde le hizo dar

sepultura acompañada de honores militares. Su derrotero fué entonces á los Lubianos, á Pungarancho, á Tiripitio y á Tlalpujahua.

En la laguna que hemos mentado, mandó á Atilano García y á Epitacio Sanchez á Monte Alto; y á Polo á Aculco, campo de Nodó, y al coronel Cruz á Tenancingo, ordenándoles que engrosasen sus divisiones y estuviesen á punto de obrar cuando se los mandase. Previno á sus cólegas Liceaga y Verduzco que entregasen cuanto habia útil en el Real de Sultepec, y se le viniesen á reunir, como lo verificaron; llegados al punto de Tiripitio los hizo partir: á Verduzco para Pázcuaro, encomendándole la provincia de Valladolid, y á Liceaga la de Guanajuato, con órden de levantar en cada una de ellas un ejército respetable. Esta separacion fué precedida de un acuerdo y de una acta solemne que al efecto se dictó, y corre impresa en el *Ilustrador Americano*. Al general Morelos se le asignó el sur y el departamento del norte; Rayon se situó en el de México para ocurrir desde este á donde lo demandasen las circunstancias.

MUERTE DE LOS PRISIONEROS DE PACHUCA.

Cuando llegó este gefe á Sultepec, determinó mandar á los españoles prisioneros de Pachuca á la confinacion de Zacatula; bien hubiera querido ponerlos en libertad, aunque le habia salido á la cara la ingratitud con que se portaron los prisioneros de Emparan, cerca de Zitácuaro; pero no estaba en la política que resistiese al torrente de odio que cargaba entonces sobre ellos, y que multiplicaba el gobierno de México, no queriendo ceder en un ápice de su dureza, é introduciendo cada dia mayor número de tropas espedicionarias venidas de Cádiz. Al efecto habia dispuesto Rayon, que los condujese con una escolta el comandante Vargas. Cuando salió de Sultepec los dejó atrás, y habiendo avanzado mas allá de *Ixtapa de la Sal*, oyó tiroteo que lo obligó á retroceder, creyendo que lo causaba algun choque con partidas enemigas, que tal vez habrian salido al encuentro á la infantería que traia á retaguardia; mas quedó sorprendido cuando vió que eran sus soldados que estaban fusilando á los prisione-

ros, porque no solo intentaron escaparse, sino que ademas se apoderaron de las armas de algunos soldados para hacerles frente; hecho que acabó de irritar á la tropa, y por el que no solo continuaron fusilando á los que quedaban vivos, sino que tambien ejecutaron á los que prendieron despues y que habian logrado salvarse: el total de ellos llegó á veintiocho.

Este suceso es desagradable en la historia. Hubiera sido de desear que los americanos fuesen entonces mas generosos, y que no confundiesen á las personas puestas bajo la salva guardia de la fé prometida, que religiosísimamente debe cumplirse, aunque perezamos con el gobierno; pero tambien habriamos querido mas docilidad en este para no ponernos en el estrecho caso de hacer uso del legítimo, aunque odioso derecho de la represalia. Este negociado se erró desde un principio, como ya vimos en una de las Cartas de la primera edicion: el encadenamiento de los sucesos lo puso en términos de comprometer al general Rayon, quien por otra parte se mostró generoso con el conde de Casa Alta, que fué uno de los prisioneros, á quien no solo dispensó toda clase de atenciones, sino que lo hizo confidente de su casa y familia, y él correspondió á estas finezas portándose como un caballero, dirigiendo varias cartas al virey Venegas en defensa de la causa de los americanos.

Despues de la pérdida de Tenango, el general Rayon se situó en el Real de Minas de Tlalpujahua, lugar de su nacimiento, y allí planteó su cuartel general conocido en la historia con el nombre de *Campo del Gallo*, local ventajoso, y de donde no habria sido desalojado si hubiese tenido la agua que le faltaba, y que iba á proporcionarle cuando le atacó Castillo Bustamante, como despues veremos.

Allí planteó en breves dias fundiciones de cañones y obuses toda clase de municiones, y una fábrica de fusiles; vistió la tropa; la aumentó y disciplinó, y levantó como por arte mágico la decaida revolucion. Rayon tenia un génio creador, amigo del órden, y descansaba en los conatos de su hermano D. Ramon, hombre infatigable, y digno de otra suerte. Establecida allí ademas la imprenta, se circulaban dos periódicos semanariamente, con-

curriendo á estos con su luces varios escritores de la capital y de los sujetos que le rodeaban: este gran resorte daba un impulso extraordinario á la revolucion; pero de tal tamaño, que el virey Venegas llegó á confesar que no podia contrariarlo, y tuvo que humillarse y buscar modo de transigir con Rayon. Esta anécdota peregrina, será desarrollada en otra carta, muchos la tendrán por fabulosa: no lo es ciertamente.

Creo muy apropósito insertar aquí un trozo del oficio que el conde de Castro Terreño dirige al virey Venegas en 26 de agosto de 1812, en que le dice lo siguiente: „V. E. no crea que la mitad de cuanto le dicen en punto á hazañas es cierto: yo estoy mirándolo mas inmediato que V. E., y como hago por imponerme de todo, lo sé en crisol.”

„Si fuera á pintar á V. E. todo lo que sé, y cuanto ocurre, que omito porque no trato mas que de lo substancial y muy del caso, se sorprenderia V. E. de lo que son los partes que le dán, y se ponen en las gacetas.” En otro de 25 del mismo mes le dice: „Cumpro con hacer lo que V. E. me previene; pero no cumpliria sino manifestase mi modo de sentir en la providencia, y al mismo tiempo significarle, que los mas de los oficiales que obran sueltos con destacamentos de tropas dan partes abultados conforme á su desmedido deseo de ascender, y no con la reflexion moderada.”

El orden cronológico que he procurado observar en mis relaciones (aunque solo las estimo *por memorias para la historia*), me hace retroceder á los acontecimientos ocurridos en Tehuacán de las Granadas y Orizava, lugares que deben llamar mucho la atencion de V., principalmente el primero, por haber figurado demasiado en la revolucion.

SUCESOS DE TEHUACAN DE LAS GRANADAS, QUE PRECEDIERON A LA ENTRADA DEL SEÑOR MORELOS.

Encargado el coronel Trujano de levantar los pueblos de la Mixteca, y de llevar la conquista todo lo posible, destacó varias partidas para que tomasen algunos ganados de las haciendas de su demarcacion, pertenecientes á europeos. Así es, que en 10 de

diciembre de 1811 se aproximaron catorce hombres al mando de un F. Figueroa, á la hacienda de *Cipiapa*, propia de D. Francisco Gutierrez de la Madrid, y de hecho se llevaron gran porcion de ganado menor. Creyóse que este piquete de hombres era un ejército numeroso, y aunque solo se presentó un corto número de americanos al mando de Figueroa, su capitán, bastó para que los españoles se retirasen de Tehuacán, y con ellos la guarnicion de aquel lugar, que marchó para la villa de Orizava. Figueroa se salió pronto, pues el desaseo de su gente, su cortedad en número, y lo mal armado de ella, tal vez le hizo temer que volviendo del susto aquel vecindario corrieran una suerte desgraciada. Cuando se supo en Orizava que Tehuacán quedaba evacuado, vinieron de aquella villa doscientos hombres, compuestos de lanceros de Veracruz y milicias de Tlaxcala, al mando de un tal Durán, quien encontró reunidos cien patriotas, levantados en la misma ciudad. Dedicóse menos este gefe á la custodia y guarnicion de Tehuacán, que á hacer una correría en las inmediaciones, y así es que recogió ganados indistintamente de toda clase de gentes, y procuró aprovecharse de las ventajas que le proporcionaba su mando despótico, como lo hacian los comandantes españoles por lo comun, calificando por buena teta presa con decir que era de insurgentes. Equipado de este modo, se retiró Durán, dejando de comandante del lugar á D. Santiago Fernandez, teniente del fijo de Veracruz, con la fuerza de ochenta hombres. Era este un jóven lleno de fogosidad impetuosa, el cual arregló tres compañías con ciento treinta plazas, y con ellas tambien hizo sus correrías por las inmediaciones, sin ejecutar en estas cosa de provecho, antes por el contrario, perdió en una escaramuza al valiente *D. Pascual Lara*, y á un andaluz blasfemo, llamado *Agustin Perez*, á quien mató un indio de un garrotazo.

Por el mes de abril de 1812 relevó á Fernandez D. Francisco Rojano, capitán de Tlaxcala, época en que ya los insurgentes comenzaron á burlarse de la guarnicion de Tehuacán, pues todas las noches venian á provocarla con tiroteo, hasta que el 30 de dicho mes se manifestó una partida de ciento cincuenta caballos, á las órdenes de Julian Gomez y Julian Cortés, presentán-

dose en la hacienda de S. Lorenzo, inmediata á Tehuacán por el rumbo del Poniente: hecho que produjo en el lugar la mayor confusión y movimiento, sin saber los gefes que hacerse. En medio de ella, recibió el comandante español un oficio de intimación para que se entregase la ciudad; pero celebrada una junta de guerra, se acordó que en respuesta saliesen cincuenta hombres á castigar tamaño atrevimiento. Efectivamente, se aprestaron; pero muy luego se vieron á punto de ser envueltos por dos trozos de americanos á derecha é izquierda. Rojano, comandante de estos guapos realistas, puso pies en polvorosa, se entró en las cortaduras de la plaza, y se resolvió á la defensa de ella. Amagábanla con gruesas partidas el padre D. José María Sanchez de la Vega, vicario de Tlacotepec, Arroyo, Machorro y otros guerrilleros más célebres por sus crueldades que por su valor militar. Al siguiente día (31 de abril) se disparó un cañonazo á la hora de la diana, al que siguieron los fuegos de una y otra parte sin el más leve perjuicio de la guarnición. Continuaron reuniéndose tropas americanas, y cuando pasaban de tres mil hombres de todas clases, y casi igual número de indios, emprendieron el 3 de mayo una acción decisiva. Después de un fuego de seis horas, lograron los asaltantes vencer los atrincheramientos de la casa del meson, calle del Refugio y Carmen, por lo que los sitiados se replegaron á la plaza y conventos de Tehuacán. En estos puntos siguió el fuego hasta las oraciones de la noche, hora en que los americanos se retiraron al local ventajoso del Calvario y haciendas inmediatas para tornar á la carga al siguiente día. De facto, continuó el fuego con mayor obstinación. En la noche, Arroyo quemó la puerta falsa del Carmen, por donde entró, y se apoderó del cuarto ó bodega de las provisiones. Quitadas estas, y sin agua los sitiados, resolvieron salir, más precediendo un convenio con los sitiadores, que se ofreció á celebrar el padre Fr. Ignacio Velazquez, franciscano, asociado de otro para que fuese razonable y beneficioso á los españoles, y por el que conservasen siquiera las vidas. Nada pudo conseguir el padre Velazquez á pesar de sus esfuerzos, pues el padre Sanchez se mantuvo inexorable; pero después de grandes esfuerzos el padre Ibarguen, también fran-

ciscano, recabó de él, que los prisioneros fuesen enviados al general Matamoros, y entonces cesaron las hostilidades: desarmaron á los españoles, y fueron llevados á la cárcel, en el concepto y fé, de que no se les quitaría la vida. Al tercero día se sacaron de la prisión y condujeron por mano del guerrillero Arroyo para el pueblo de Tecamachalco, y allí fueron pasados por las armas el teniente Arriaga, el subdelegado de Tehuacán Sanchez, y un alguacil llamado Mendez: los restantes prisioneros en número de cuarenta y cuatro, se condujeron al puente de los Chichimecos, y en la oscuridad de la noche fueron indignamente asesinados (vease la Gaceta de 25 de julio de 1812, número 264.)

La memoria de este suceso que á mi estada en Tehuacán se refería con lágrimas, recuerda la de las atrocidades de sus autores. Hombres bárbaros, inmorales, perjuros, oprobrio de la nación, cuya causa afectaban defender. Tal ha sido el éxito que han tenido, pesando sobre ellos la mano del Eterno, y haciendo que sus odiosos nombres jamás se tomen en boca sino para execrarlos y maldecirlos. Oí decir á personas veraces, que entre los cadáveres de los asesinados se encontró el de un francés llamado *Maza*, puesto de rodillas y con cilicios, que conmovió á sus verdugos que lo llevaron á Tecamachalco para darle una distinguida sepultura, y que fué un tributo de estupor y admiración que les arrancó su virtud. A la entrada de las tropas americanas en Tehuacán, siguió el saqueo de las casas y tiendas de comercio, donde encontraron acopios de muchas preciosidades. Situada aquella ciudad en el mejor punto para el comercio con México, Puebla, Veracruz, Oaxaca y Orizava, se tenía entonces como un lugar de depósito, principalmente para abastecer las mixtecas: todo desapareció en momentos, y fué presa de los vencedores, de modo que los mismos que habían presenciado esta catástrofe, dudaban de lo que veían.

Como ciudad abierta y de tránsito para las tropas, sus desdichas se multiplicaron hasta un punto indecible. Ahora comienza á renacer, y no dudo que afirmada la paz por el saludable desengaño que han dado aquellas lecciones terribles, Tehuacán será uno de los pueblos más felices de la América Septentrional: sus

aguas prodigiosas para la curacion del cálculo, sus arinas, su bello clima, todo lo llama á un grado de prosperidad y por venir alhagüeno. ¡Hágalo Dios!

HORRIBLES CRUELDADES DEL GUERRILLERO

JOSÉ ANTONIO ARROYO.

No solo Tehuacán fué teatro de las desgracias referidas, lo fueron también otros lugares, principalmente aquellos en que puso su ominosa planta el guerrillero *José Antonio Arroyo*. Conocí á este monstruo, ignominia de la especie humana, y me espanto cuando me acuerdo de su horrible catadura. Era un campesino chaparro, cargado de espaldas, cara blanca y colorada, barroso, ojos negros y feroces, su mirar era torbo y amenazante; jamás se ponía el sombrero sino bajándose mucho, en términos de que costaba dificultad verle su aspecto sombrío y de mal agüero: su voz ronca, sus razonamientos precisos, su lenguaje rústico. Era un complejo de ferocidad y superstición la más grosera: afectaba mucha piedad y respeto á todo *padrecito* á quien besaba acatadamente la mano; pero no titubeaba en darle á un hombre un mazazo con un martillo de herrero en la mollera, dejándolo allí muerto, como lo hizo en su campamento de Alzayanga. Azotaba á los que tenía por espías, y lo hacía por su mano, teniendo el bárbaro placer, de verles correr un chorro de sangre al primer latigazo: echábala además de justiciero: su pujanza era mucha, y á pár de ella su denuedo para entrar en una acción. Atacó la hacienda de *Teoloyuca*, junto á S. Juan de los Llanos; su dueño que era un español sostenido con cien fusiles de Perote y mucho parque, se resistió más de dos días; pero cargado extraordinariamente por las partidas americanas, hubo de entregarse luego que Arroyo se hizo desprender sobre la casa por una reata, y entró con el *cintare* (así llamaba al sable) haciendo una cruel matanza, que llenó de cadáveres la casa, y dejó inhabitable el edificio por mucho tiempo, registrándose en sus paredes estampadas las manos de sangre. Hacíase llamar de *padre* por sus soldados, y los trataba con la dureza de esclavos. Su muger era de color quebrado, valiente, y digna consorte de tal mari-

do. El nombre de Arroyo cómitre antes de la revolución de la Tlapixquera de la hacienda de Ocotepéc (según hago memoria) ha dejado una nombradía de espanto en aquellas comarcas; la idea de semejante génio, repito, me hace estremecer. Su compañero *Antonio Bocardo*, de origen herrero y alguacil en S. Juan de los Llanos, fué menos horrible para la nación. Era un cobarde tan menguado y tonto, que se hacía llamar *coronel de coroneles, ó sex tonto de tontos*: ocupábase en avanzar (es decir robar) antes que en matar hombres; el Sr. Morelos se divertía con la relación de sus anécdotas, y pudo reducirlo al orden en lo posible, de lo que no era capaz Arroyo. ¡Desgraciada América mexicana que hubo por defensores de su causa á tales verdugos! Si no hubiera tenido muchos de estos, sus triunfos habrían sido más prontos y más gloriosos; pero aquellos despechaban á los pueblos, quienes aunque conocían la justicia de la revolución, no se atrevían á entrar en el partido, por no ser dominados de semejantes bandidos. El hombre de principios (como yo) que se vió entre estos, vivía en un continuo martirio, y estaba en gran riesgo si trataba de reducirlos al orden. ¡Cuántas veces mi vida estuvo á riesgo por semejante motivo! No había diferencia entre estos gefes y los del rey, pues V. no encontrará ninguna entre *Arroyo y Régules*: eran lo mismo en su *mesma mesmedad* (según la expresión del autor del Gerundio.) Por este solo rasgo conocerá V., y todo el mundo, cuánto se habrá padecido en la revolución: echará la culpa, y justamente á los que se llamaban *nobles y patriotas* que abandonaron la suerte de su nación á tales manos, y maldecirá con igual justicia á los que después de haber apurado hasta las heces de este amargo cáliz, y conseguido la paz y libertad, y con ella la suspirada independencia, todavía quieren precipitar á este buen pueblo á nuevas revoluciones, y que se renueven aquellas escenas de horror.

SORPRESA DE D. FELIPE LAILSON, MAESTRO DE EQUITACION.

Corresponde á esta época recordar á los americanos la memoria de la sorpresa dada por una partida de lanceros del teniente

coronel D. Pedro Meneso en el monte de las Cruces á D. Felipe Lailson, maestro de equitación, y el primero que planteó un circo de este ejercicio en México en octubre de 1808. Quitósele en ella una pequeña balija de correspondencia que llevaban los mexicanos con los insurgentes; hecho que produjo muy tristes resultados, pues el gobierno hizo arrestar á varias personas de viso, como lo fué la señorita doña *Margarita Peimbert*, hoy viuda del Sr. D. José Ignacio Espinosa, que fué presidente del soberano congreso, que estaba entonces comprometida de casar con el Lic. Jimenez, fusilado en Tenango, y al Lic. Falcon. Este último quedó perdido desde entonces, pues el oidor Berazueta le halló como cuerpo de delito la correspondencia de su hijo que estaba con Rayon, y ademas, copia de una carta que un sugeto de México habia mandado al general Morelos luego que salió de Cuautla, exhortándolo á que marchase á Oaxaca, donde muy pronto se repondria de sus pasadas pérdidas.

OCUPACION DE ORIZAVA POR LOS AMERICANOS.

Asimismo debe colocarse entre los principales acontecimientos de aquella época, la entrada de los americanos en dicha villa. Tengo á la vista una relacion de persona veraz, y testigo presencial de este hecho, que en sustancia dice así.

„En principios de marzo de 1812 comenzó á formarse una partida de insurgentes en el pueblo de Maltráta, de donde era cura el presbítero D. Mariano de las Fuentes Alarcon, patriota de buen ánimo, pero verdaderamente ignorante aun de los mas obvios principios de la milicia. Pronto se decidió á abrazar la causa, y lo hizo con tanto fervor, que no perdonó á la campana mayor de su iglesia, pues la hizo bajar y que se construyese con ella un enorme cañon de artillería; como si fuese á batir una plaza, y esta arma no necesitase para usarse, de otros auxiliares de que él carecia. Comandaba por entonces dicha partida *Miguel Moreno*, dependiente de la hacienda de S. Antonio, y se aumentó en fines de abril, en términos de que con gente de ella se pusieron avanzadas en la cañada que viene de dicho pueblo para esta villa, y en la de Acultzingo, con las que impedian la entrada de víveres.

Aunque esta guarnición se componia de mas de quinientos hombres, jamas salieron á atacarlos, y sí mantenian un destacamento en una estacada que se hizo en el puente de Santa Catalina, distante mas de media legua de Orizava. En 22 de mayo comenzaron los americanos á atacar aquel punto, y se le reforzó con cien infantes y un cañon violento. El 28 á las seis de la mañana fué atacado este mismo punto, su espalda, por el cerro del carizal, y su frente por el ingenio: el comandante D. José Manuel Panes mandó otro cañon de auxilio con doscientos hombres, los cuales se aproximaron cuando ya estaba tomada la estacada, y así es que regresaron sin haber disparado un tiro: al tomar dicho punto fortificado, hubo algunos muertos y heridos.

A las dos de la tarde ya andaban por la villa pequeñas partidas de americanos. Temeroso Panes de ser atacado en su cuartel, dispuso retirarse á Córdova, tomando antes por punto de reunion la plazuela y edificio del Cármen. Los conventos de este orden siempre fueron en la revolucion pasada asilo de españoles. En lo general lo son de nacimiento sus monges, que tal vez creian entonces que aquellas comunidades no podian existir sino á la sombra de un monarca, y monarca absoluto; ya estarán desengañados á la hora; no es pues, de estrañar que en el Cármen de Orizava, y en el estanque de su huerta, se arrojase el pertrecho, que Panes no pudo conducir en su retirada para villa de Córdova, que verificó con acuerdo de una junta de guerra. Ejecutóla llevando tres cañones de campaña á la sombra de la noche: fué atacado por una partida de Zongolica, venida al mando de su coronel D. Juan Motheuzoma y Cortés, quien se retiró por los fuegos de los españoles al trapiche de Tuxpango. Si se hubiera hecho firme en la cuesta del Cacalote ó Villegas, Panes no habria penetrado por aquellos desfiladeros, ni llegado, como llegó, á Córdova á las seis y media de la mañana con cuanta guarnicion sacó, compuesta de un batallon del regimiento provincial de Tlaxcala. El cura Motheuzoma (imágen viva del emperador de este nombre, y por el que poseia un cacicazgo en Tepexi de las Sedas) no nació para general, sino para recitar un buen sermon: tenia un bello decir, y sabia entusiasmar al soldado con el doble